La contemplación de la miseria humana, la visita a los hospitales, a las cárceles y sobre todo a los hogares pobres serán de gran eficacia para hacer comprender a los jóvenes las posibilidades de acción que se les presentan y que solicitan su colaboración generosa. Esta colaboración consistirá en su limosna, sus consejos, en sus visitas, [p.21] pero sobre todo en el don total de su amor al pobre que les mueva a estudiar y a formarse convenientemente para trabajar por una solución de justicia social que levante el nivel material y moral de sus protegidos. El amor ideal que bulle en el alma del joven encontrará así un objetivo digno, apropiado a su edad, y será el mejor estímulo para cumplir su deber de estudiante. Es mala política, la política de los anti, la política de las negaciones. En lugar de matar los sentimientos o de ponerles barreras por todas partes ofrézcaseles un campo de acción más elevado.

El gran enemigo de Cristo en Chile es la apatía, la indolencia, la superficialidad con que se miran todos los problemas. Un espíritu materialista nos ha invadido. Todos se lanzan ávidos a la conquista del placer... ¿Reaccionarán los católicos de Chile? ¿Qué actitud tomarán los jóvenes ante la horrible tragedia espiritual de su Patria?

Soñador es la primera cualidad que el citado adagio requiere en el jefe. Esto quiere decir idealismo, entusiasmo, corazón grande y generoso, que vibre ante ideales superiores. El jefe no puede considerar la vida únicamente bajo el punto de vista de sus obligaciones, sino de sus posibilidades; no se fija tanto en las sanciones que se seguirán de una determinada conducta cuanto en la belleza de su obrar en el sentido del ideal. Jóvenes de esta pasta los hay y no pocos. La juventud es la edad del heroísmo y la gracia de Dios depositada en los corazones fuerza por abrirse paso en muchas almas hacia planos superiores.

Cuestionario.

- ¿Qué piensas del espíritu de sacrificio de los jóvenes en nuestros días?

- ¿Son más o menos sacrificados que antes?

- ¿Por qué te parece que obran así? - ¿Qué manifestaciones descubres en que se revela su poco espíritu de sacrificio?

La colaboración de los mayores, de los padres en primer lugar, es necesaria para obtener este espíritu de esfuerzo de los jóvenes. A veces los mayores enseñan con sus mentiras el camino de la mentira para los niños, excusan sus faltas, justifican injustificadamente sus inasistencias.

El sentimiento se despierta con facilidad, pero ¡cuán a flor de tierra! Emoción pasajera que no mueva una vida. En los grandes dolores ¡cuán poca reflexión!

En la tragedia del terremoto del sur, todavía presenta en nuestro espíritu, fue profundamente significativa la actitud de muchos jóvenes que partieron generosamente para el lugar de la catástrofe, pero al ver la realidad de lo ocurrido y lo que se esperaba de ellos se contentaron con pasearse como turistas, sacar unas fotografías de las ruinas y volverse a contar sus impresiones del terremoto.

La justa enseñanza moral ha de tener por blanco preparar a los jóvenes para la gran lucha moral de la vida moderna, a fin de que puedan cumplir sus deberes no solamente en los puestos ordinarios sino que en todas las manifestaciones de la vida privada y pública.

Uno de los capítulos de la formación moral, descuidados hasta ahora por desgracia, es el de nuestra responsabilidad social. Hemos de pensar que al recibir más dones que nuestros semejantes en talento, fortuna, formación, tenemos una doble responsabilidad; personal y social.

Muchos jóvenes hay que sueñan con grandes ideales e ignoran tal vez que tienen en nuestra pampas y valles el más bello campo de apostolado, la más noble empresa que pueden soñar.

Este trabajo lo he emprendido aprovechando los días de descanso de las fiestas patrias y creo, mis queridos jóvenes, que nada más grande puede hacer un sacerdote que ama a su Patria, que ponerse al servicio de vosotros, de los futuros dirigentes del país, sus futuros profesionales, industriales, sus mejores empleados y obreros para orientaros en el mejor aprovechamiento de vuestras vidas y mostraros las grandes causas que esperan inteligencias, brazos, corazones dispuestos a entregarse.

Vemos con frecuencia a muchachos dotados maravillosamente, que por culpa propia de sus padres renuncian a explotar estas cualidades y se embarcan en empresas minúsculas en su sentido divino y aún humano. Sus trabajos no tienen otra perspectiva que la de ofrecerles dinero, mucho dinero, que después les traerá confort y les permitirá arrellanarse cómodamente en la vida. ¡Egoístas, duros de corazón! Entierran sus aspiraciones en una cartera repleta de billetes... Pasó su vida. ¿Qué hicieron esos jóvenes de quienes había derecho a esperar tanto? Consumieron inútilmente sus vidas. En la horrenda crisis moral actual entristece y subleva este [p.17] sentido egoísta, esta huida de la lucha que amenaza sobre todos a quienes por haber recibido más abundancia de medios ignoran lo que es el dolor. Los que lo han recibido todo hecho desconocen totalmente las alegrías profundas del renunciamiento y del sacrificio.

Una inyección de idealismo y de valores desinteresados, de altruismo y de amor humano y sobrenatural es una de las más urgentes necesidades de la juventud de nuestra época, para que pueda encontrar su camino en la vida.

Ha llegado el momento que nuestros queridos jóvenes católicos que aman a Cristo y aman su Patria se planteen seriamente el problema personal. ¿Qué puedo hacer yo por Cristo? ¿Qué puedo hacer por mejorar esta tierra que me vio nacer y que yo deseo ver cada día más próspera y para ello más cristiana?

Se engaña si pretende ser cristiano quien acude con frecuencia al templo, pero no cuida de aliviar las miserias de los pobres. Se engaña quien piensa con frecuencia en el cielo, pero se olvida de las miserias de la tierra en que vive. No menos se engañan los jóvenes y adultos que se creen buenos porque no aceptan pensamientos groseros, pero no son capaces de sacrificarse por sus prójimos. Un corazón cristiano ha de cerrarse a los malos pensamientos, pero también ha de abrirse a los que son de caridad.

Otro de los rasgos salientes de nuestra época es la falta de responsabilidad que se echa de ver en nuestros días. (1). La impresión general que produce la joven generación contemporánea es la de no tomar nada en serio, la de no cuidarse de guardar la palabra empeñada, ni de proseguir las obras comenzadas. Los ejemplos que podríamos citar son innumerables. Jóvenes que toman a su cargo una obra, la protección de una familia [p.89] pobre, un apostolado determinado, y por la más mínima dificultad desisten con toda naturalidad de lo comenzado sin detenerse a pensar en las consecuencias que su actitud acarreará para los demás.

Uno no puede menos de dolerse al ver ausentes de los sitios en que deciden los destinos de la Iglesia y de la Patria a tantos jóvenes maravillosamente dotados para ofrecer su colaboración pero vacíos de un sentido social profundo por la ligereza del vivir cotidiano.

Después, estos niños, convertidos en jóvenes y luego en hombres se encerrarán en su vida privada, no ejercerán acción alguna en el terreno social y huirán de la vida pública. Ni siquiera tendrán la menor idea que en este ausentismo puede haber algo culpable. La religión es para ellos una relación entre el alma y Dios, un conjunto de prácticas piadosas y nada más. Las grandes empresas de la ciudad humana pueden ser descuidadas sin pensar que por eso son menos buenos católicos.

Hay mucho heroísmo latente en nuestros jóvenes. Hay en ellos energías inmensas que requieren de alguien que las despierte y les muestre una causa lo bastante grande para ser digna de su vida.

Hacer el bien a los demás sirve más a los jóvenes que hacer el bien a secas. ¡Cómo bendecirán después a quien los inició en el apostolado social!

La vida moderna tiene más peligros para la juventud, pero también ofrece medios más ricos para su formación. Los niños y jóvenes de ahora tienen más libertades que los de hace cuarenta años, pero también tienen a su alcance ocupaciones interesantísimas en que actuar su libertad. Entre éstas hay algunas que señalamos especialmente por su valor social.

También hacen concebir alegres esperanzas de que han de dedicarse por completo a la obra de restauración social, esos numerosos jóvenes que por su talento o sus riquezas tendrán puesto preeminente entre las clases superiores de la sociedad y estudian las cuestiones sociales con intenso fervor.

Desgraciadamente, esta es la situación política y social del presente; puede aún tornarse más crítica para la santidad del hogar y, por lo mismo, para la dignidad de la mujer. Ha llegado vuestro día, mujeres y jóvenes católicas, la vida pública os necesita. Bien podéis decir a todas: Tua res agitur, se juega vuestro destino

Los jóvenes sostienen una correspondencia frecuente no tanto para expresar al otro sus ideas, sino para mirarse a sí mismos en el espejo de lo que escriben. Todos estos son signos que denotan una vida que despierta con su autoafirmación, su potencia de amar que talvez todavía no se manifiestan pero que están sin embargo latentes.

Los íntimos motivos de las bandas de jóvenes y del vagabundaje en las grandes ciudades no son todos bajos: hay también el deseo de respeto y a veces un deseo de ser dirigido y amado que no ha podido ser satisfecho en su verdadero plano y busca una satisfacción donde cree poder encontrarlo

Los jóvenes inmediatitas de nuestros días al cabo de media hora se habrían aburrido, habrían vuelto al valle, pero habrían bajado vacíos, sin mensaje. Habrían continuado moviéndose y ocupándose en mil ocupaciones que no llenan su ser.

Nada más complejo que describir el alma y el comportamiento de una generación de jóvenes. Por mucho que se los observe, por más encuestas que se realicen, siempre algo, mucho, se nos escapa. Es fácil confundir ciertas manifestaciones ruidosas y espectaculares con lo esencial; es igualmente fácil generalizar ciertas reacciones de grupos y creerlas propias de un país o de una época.

Uno de estos jóvenes escribe: "Sabemos que la inmolación es necesaria; sabemos que es la fuente única del enriquecimiento a que aspiramos, pero es necesario, en las horas en que nos acecha el conformismo y la tranquilidad, que sepamos despertar en nosotros estas inquietudes de las cuales nacerá la certeza que da paz. "Muchos jóvenes de esta época han debido repetir la frase célebre: "Mientras no se ha dado todo no se ha dado nada".

Todos estos factores han contribuido a que tengamos una juventud poco intelectual. Los jóvenes no aceptan esta crítica. Ellos se defienden diciendo: ¿cuándo se ha visto una generación que se interese tanto por los problemas ideológicos y que tenga una mayor curiosidad intelectual? Curiosidad, sí la hay; controversias; slogans y consignas de acción. Pero esto no basta para inferir que la juventud piense.

La mayor parte de los jóvenes escogen su sitio en la vida, sin entusiasmo, forzados por la necesidad de hacer algo y ganar su pan. Hemos podido observar con pena a tantos jóvenes que, al terminar sus humanidades, no saben qué hacer y más que escoger una carrera se dejan coger por las circunstancias. Su trabajo o su carrera significa para muchos sólo el medio de subsistir. Su ideal -cuando lo tienen- está en otra parte. Los que luchan por formarse una personalidad fuerte, serena, unificada, son pocos. La veleidad de nuestra generación se debe más bien a un vacío de ideales que a falta de voluntad.

Reacciones amargas, desconcertantes de los jóvenes han llevado a algunos a pensar que no tienen corazón, que no saben amar. Aquí también la crítica puede ser superficial: quizás no es corazón lo que falte, sino desengaños los que sobran, cansancio ante tanto fracaso. Se ha abusado demasiado de los jóvenes con llamados sentimentales a la generosidad, que éstos desconfían de tomar todo compromiso, y si lo han tomado fácilmente recuperan su don. La vida dura y los hombres engañadores son los responsables de tanto cálculo en la edad del desinterés.

Quizás no se pide bastante a los jóvenes porque no se cree en ellos; y ellos no dan bastante porque no encuentran quienes con su ejemplo y su palabra pidan todo lo que quisieran dar.

Esta juventud conoce tal vez más que ninguna otra el terrible suplicio de la soledad en la multitud. Obligados a vivir en grandes ciudades se dan cuenta que son en ellas menos que un grano de arena en el desierto, que una gota de agua en el mar. No conocen a casi nadie; sus dolores y sus alegrías son incomunicables. Nunca un joven se siente más sólo que cuando camina apretujado entre una muchedumbre que lo estrecha, pero que lo deja aislado frente a sí mismo, privado de todo amor verdadero.

El hombre no aspira a vivir en común (la vida en común hace comunes, decía Nietzsche), sino a comulgar con los demás. Las ocasiones de comunión en la vida moderna son cada día menores. En lugar de fraternidad el hombre encuentra oposición en el campo del trabajo, en la política, en lo económico, en lo religioso, en lo internacional, y hasta en lo familiar. La familia tiende a convertirse en un lugar de paso; y no otra cosa significan los modernos departamentos, preparados para dormir y desayunar, pero no para vivir. El hogar americano ha sido definido por un estadounidense, como el sitio donde se cuelga el sombrero. Esta definición, desgraciadamente, cubre un número cada día mayor de familias en el mundo entero. Los centros de interés de la familia se van desplazando más y más fuera del hogar: escuela, teatro, estadio, casino, taller u oficina a la que todos deben concurrir, sin exceptuar, en muchas partes, las mujeres y los niños. Esta tendencia que nos viene de Norte América hace que los niños muy pronto se independicen, ya que dependen de sí mismos, y por eso mismo dejan de ser niños y no se ejerce sobre ellos ninguna influencia. En los países nórdicos es frecuente el caso de la joven llegada a los 16 años que se independiza y vive fuera de su hogar.

La enseñanza de nuestro tiempo no es social; tampoco es social el ambiente de lucha en que vivíamos; y menos aún contribuye a formar un ambiente social el fracaso de los grandes movimientos, tan promisores, a cuyo nacimiento y muerte ha asistido nuestra generación. De aquí una desafección creciente entre los jóvenes por participar en movimientos de carácter religioso, social, político, en cuya eficacia no cree.

Una juventud valiente como la nuestra es capaz de volver a oír el llamado de su época, aunque hoy lo rehuye; es capaz de volver a tomar su puesto de responsabilidad colectiva. El mundo de mañana está en germen en la juventud de hoy. Cambiar a los hombres uno a uno es tarea muy difícil; pero la masa es lo que la hacen sus élites. Paucis humanum vivit genus.

A los jóvenes de nuestro tiempo, enamorados de las cumbres, amigos del esfuerzo, repetimos con profunda simpatía el pensamiento de Agustín, que como ellos tuvo que vivir en una época de transición, en que todos los valores parecían perdidos: "Decís que los tiempos son malos, sed vosotros mejores y los tiempos serán mejores. Vosotros sois el tiempo".

Jóvenes con conciencia cívica que no desertarán de sus deberes ciudadanos y que con buena formación penosamente adquirida esperan servir a la Patria como electores o como representantes del pueblo.

Por otra parte esta convivencia de jóvenes formados en diferentes ambientes y educados en diferentes escuelas, pero unidos por una misma fe es la mejor lección de la solidaridad cristiana, y la solución en pequeño del problema social.

…por ser jóvenes y nos exhortó a quedar siempre jóvenes, sin complicaciones excesivas, sin perder el entusiasmo, el aliento, el ánimo heroico, la sencillez, el arrojo, el candor y simplicidad para tomar la vida, sin estériles pesimismos, ni derrotismos que a nada conducen.

Esta es nuestra juventud. Esta es la meta a que aspiramos a ser plenamente jóvenes: alegres, puros, conquistadores, valientes; a vivir plenamente de Cristo, Él es el Dios que alegra y fortifica nuestra juventud.

Jóvenes tenéis que preocuparos de vuestros hermanos, de vuestra Patria (que es el grupo de hermanos unidos por los vínculos de sangre, lengua, tierra), porque ser católico equivale a ser sociales. No por miedo a algo que perder, no por temor de persecuciones, no por anti algunos, sino que porque sois católicos debéis ser sociales, esto es sentir en vosotros el dolor humano y procurar solucionarlo.

De aquí mis queridos jóvenes que: formación, mucha formación sólida, formación que no sea un conjunto de nociones desprovistas de sentido profundo, desvirtuadas de valor humano y divino, sino nociones comprendidas y vividas.

Cristianos faz de fe desteñida, muchos; pero cristianos, éstos, para los cuales el mensaje de Cristo no encierra ninguna palabra profundamente revolucionaria: "Amarás a tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu mente, con todas tus fuerzas... y al prójimo como a ti mismo por amor de Dios... Esas palabra: toda el alma, toda la mente, todas las fuerzas... Como a ti mismo. ¿Son muchos los cristianos que las entienden, que comprenden que no han sido puestas para llenar un hueco oratorio, sino para encerrar una verdad literal? Y si la mayoría de los cristianos no las realiza ¿es mucho de extrañarse que el mundo no busque a Cristo pues lo considera muerto?

Queremos incendiar…, tenemos antes que nada que incendiarnos a nosotros mismos. Queremos iluminar, tenemos antes que nada ser luz. Queremos dar sentido cristiano a la vida y ¿cómo lo daremos si no lo tenemos nosotros mismos?

El mundo está cansado de discursos, quiere hechos, quiere obras, quiere ver Cristianos que encarnan como Cristo la verdad en su vida. ¿Queremos salvar al mundo? Comencemos por hacernos Verbo, Verbo de verdad, de pureza, Verbo de caridad, Verbo de amor a Dios y al prójimo.

Menos proselitismo y más santidad; menos palabras y más testimonio de vida.